



la atracción  
del mal

David

WILTSE

## UN APACIBLE PUEBLO AZOTADO POR UN ASESINO SANGUINARIO

Los huesos de varios cuerpos desmembrados aparecen a la orilla de un río. Las autopsias revelan que son los restos de seis mujeres jóvenes, asesinadas y descuartizadas. John Becker, agente del FBI, se halla de vacaciones en el pueblo invitado por su viejo amigo Tee, el jefe de policía. Ambos inician juntos una exhaustiva investigación, que les sirve sólo para constatar la extrema sagacidad del meticuloso criminal. Se encuentran nuevas víctimas y crece el nerviosismo. Sólo Becker, con su rara y casi enfermiza habilidad para ponerse en la piel de los asesinos en serie, será capaz de resolver el caso.

David Wiltse, autor de teatro y novelista, ha escrito antes otras ocho novelas, entre ellas cuatro *thrillers* con Becker como protagonista.

## Índice de contenido

Cubierta

La atracción del mal

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

Epílogo

Notas

*Para Stacey Creamer, mi editor,  
por su inteligencia, buen gusto,  
sentido común y entusiasmo indeclinable*

## 1

Las lluvias empezaron en abril —inocentes calabobos típicamente primaverales— y no pararon hasta mediados de junio, cada vez más intensas a medida que el tiempo transcurría. Llovía día y noche, cuatro y hasta cinco días por semana, un persistente aguacero que sólo parecía ceder para recuperar fuerzas y empezar de nuevo. El invierno había sido duro, uno de los peores que se recordaban, y al principio las aguas parecían posadas sobre la faz de la tierra como en una cazuela, incapaces de penetrar el todavía helado suelo, como si Connecticut hubiera sido transportado a Siberia. Pero luego fueron filtrando el suelo para cumplir su restauradora función anual, realimentando los pozos, los embalses y el nivel freático. Los lagos volvieron a llenarse y los estanques empezaron a rebosar. Los ríos crecían y los innumerables arroyos y riachuelos que serpenteaban entre los patios traseros y los bosques de la pequeña ciudad de Clamden adquirieron una desacostumbrada vitalidad.

Cuando la tierra se hubo saciado, el agua volvió a quedar a ras del suelo sin saber adónde ir. Coló hacia los sótanos y encharcó céspedes, reptando hacia las tierras altas varios metros por encima de los ríos, corroyendo las carreteras hasta que el asfalto se alabeó, y luego fue formando baches.

En el huerto, el arroyo que constituía la linde inferior de la propiedad empezó a espumear con furia, desgajando el terraplén, que se desmoronó cayendo a la corriente y expandiendo aún más las aguas. El agua remontó la orilla, trepando codiciosa la cuesta que llevaba hasta los árboles,

devorando más terreno cada día, chapoteando en torno a los troncos de los árboles más bajos e invadiendo una tierra ya saturada de humedad.

Tras cinco semanas de lluvias casi continuas, las aguas que inundaban el huerto derribaron un joven abeto que ningún niño podría ya decorar por Navidad. El arroyo lo arrastró hasta el río Saugatuck, cuyo caudal llevaba desperdicios procedentes de la inundación. El agua excavó aún más el agujero que había dejado el árbol arrancado, soltando una bolsa de basura que había descansado bajo tierra. Las raíces del abeto habían ido metiéndose en la bolsa con los años, y cuando la presión del agua las obligó a subir a la superficie, habían desgarrado aún más los agujeros practicados en el plástico. Sacado a flote y removido por el chapaleo del agua, el contenido de la bolsa hizo que los agujeros se agrandaran todavía más.

El día en que dejó de llover, las aguas empezaron a drenar hacia arroyos y acequias. La corriente menguante tiró una última vez de la bolsa de basura, un hueso emergió del plástico gris, medio se atascó por la articulación del extremo más grande y, por último, se desprendió del todo siendo arrastrado hasta el arroyo, cuyas aguas lo hicieron girar y girar en su aún furiosa corriente por la ciudad de Clamden.

Thomas Terence Terhune, jefe de policía de Clamden, fue al coche con una bandeja en la que llevaba dos cafés y dos roscos. La depositó en el techo del vehículo mientras abría la puerta y levantó la vista hacia el cielo que ya despejaba antes de sentarse al volante con cierta dificultad. Su acción fue estorbada por la radio, la linterna y la pistola sujetas a su cinturón —el *hardware* del buen policía.

—Ojalá hubiera sido carpintero —dijo Tee, el de las tres T, poniéndose la radio contra la cadera y no bajo los glúteos— en vez de un muy respetado agente de la ley.

—Ganarías más dinero. Hoy en día un carpintero cobra quinientos dólares la hora.

—Creía que eran los fontaneros —dijo Tee.

—Que yo sepa, los fontaneros también ganan bastante.

Tee le pasó uno de los cafés a John Becker.

—Aunque es cierto que mi sueldo no es alucinante, olvidas que como jefe de policía tengo excelentes oportunidades de conseguir chanchullos.

—¿Por ejemplo? —preguntó Becker.

—Te estás bebiendo uno ahora mismo.

—¿Este café es fruto de la extorsión o te lo han ofrecido para sobornarte?

—Yo sólo le sugerí a la chica que me sirviera otro ahora en vez de hacerme volver a buscarlo. Pero eso no es todo. No conservo este empleo sólo por los cafés gratuitos. Fíjate en estos roscos.

—Tu roscó tiene una insalubre masa de requesón encima —dijo Becker.

—Tú lo llamas masa, yo lo llamo burujo. Hay quien lo llamaría moco. Pero no se trata de eso, John. —Tee levantó un dedo triunfante antes de continuar—: Como buen observador que soy, he advertido lo más importante. Mientras que mi roscó tiene requesón, escucha bien, que esto es importante, el tuyo no tiene.

—Vaya, es verdad.

—¿Te burlas de mí?

—No, es asombroso. ¿Esto os lo enseñan en los cursillos para ser poli?

—Todavía no lo entiendes, ¿verdad? —dijo Tee—. Verás, es cierto que tú has pedido un roscó normal, como puede verse, pero también lo es que yo no he pedido requesón y, por tanto, no me lo han cobrado.

—Requesón gratis.

—A primera vista puede parecer una nadería, pero ve sumando a lo largo de toda una carrera...

—Calculo un total de varias decenas de dólares.

—Y miles de calorías, no lo olvides.

—Las trastadas que hacéis los policías.

—Pobres pardillos del FBI, vosotros no tenéis estas oportunidades.

—Si alguien me hubiera advertido cuando yo empezaba, habría escogido ser policía de pueblo.

—Jefe de policía. Estas cosas no están al alcance de un agente normal.

—Lo sé —dijo Becker, mirando por la ventanilla—. Ya veo qué es lo que hay al alcance de un agente normal.

Tee siguió la dirección de la mirada del otro. Al fondo del aparcamiento de la pequeña plaza comercial que constituía el centro de Clamden, había otro policía asomado a su coche patrulla, hablando con una quinceañera.

—Ese mierda —dijo Tee con ahínco.

—¿McNeil?

—Le dije que cuidado con las chicas del instituto. Tendré que meterle un buen paquete.

—Sólo está hablando —dijo Becker.

—Y una mierda.

La rubia era una chica cimbrenña de facciones clásicas y mirada pueril. Como correspondía a la moda del momento, iba vestida de trabajador agrícola con un mono varias tallas más grande y botas de faena que jamás conocerían un día de trabajo. Se reía al hablar, echando atrás la cabeza de forma que su pelo ondulaba suavemente a media espalda. Tenía la pelvis apoyada contra la puerta del coche.

—No da la impresión de pasarlo mal —dijo Becker.

—Es una cría, ¿qué sabe ella? —repuso Tee—. Es una de las chicas Jorgensen, Corliss o Angela, no recuerdo cuál. El padre bebe. Hemos tenido que llevarlo a casa más de una vez. Seguramente abusa de las hijas, los borrachos suelen hacerlo. La madre es una inepta, parece que lo acepta todo. Como es lógico, la chica es un desastre y siempre se busca líos.

—¿Y qué hace? ¿Haraganear por las esquinas y fumar?

—Muchacho, tú no te enteras. Primero, tal vez no lo hayas notado, pero en Clamden no hay esquinas donde haraganear. Los chavales vienen aquí por la noche.

—¿Al centro?

—Es uno de sus sitios favoritos. Se reúnen en sus coches como una bandada de estorninos. Y todos fuman. Todos. Y beben. Empiezan a los trece o catorce años. Los jóvenes ya no son como los de nuestra época.

—¿Y qué tiene de diferente la Jorgensen?

—De entrada, se folla a McNeil. Y esnifa coca de vez en cuando. O a menudo, quién sabe. Así es como la conoció McNeil, estoy seguro. Acude a la llamada de un vecino que se queja de ruidos, va a una casa donde los padres se han ido y se encuentra a un montón de adolescentes borrachos y drogados. Lleva a los chicos de la casa a la comisaría. A los otros los sermonea, los asusta un poco, se las da de camarada comprensivo por no arrestarlos a ellos también. Escoge a la chica que le parece más dispuesta a complacerle, se la lleva en su coche y hace un trato con ella. Ha de ser una chica que no dirá a sus padres que un policía le ha hecho proposiciones. Preferiblemente una que no le cuente nada a sus padres. Se la hace chupar en el asiento delantero a cambio de dejarla en libertad, y ahí empieza todo. De repente ella tiene un novio de treinta y cinco años, un novio que además lleva pistola, y casado. Material excitante para cualquier chica. Presa fácil para McNeil. Al cabo de uno o dos años, la chica se marcha a la facultad y él se busca otra. La última vez le advertí que le iba a arrancar las pelotas si le pillaba.

—A juzgar por su comportamiento, diría que aún las conserva.

—Ese tío tiene un grave problema hormonal. No creo que castrándole consiguiéramos nada.

—¿Vas a hacer que lo inyecten?

—Sería el mejor sistema para que mejorara su trabajo.

—¿Nunca has pensado en despedirle?

—Tenemos un sindicato, sabes. McNeil lleva diez años en el cuerpo. No puedo despedirle sin una causa, y esa causa implicaría en el asunto a media docena de familias. A ellos no les gustaría mucho. Además, el muy cabrón tiene un pico de oro. Es muy macho y va de semental cuando habla con hombres, pero cuando habla con mujeres es otra persona. Quiero decir, hasta emplea un vocabulario distinto. Lo sé porque le he oído hablar por teléfono con algunas chicas. Casi parece una de ellas, y no me refiero a que sea gay, no hay mariconería en su manera de hablarles, es sólo que está en su onda. ¿Entiendes? No es zalamero, no, las mujeres saben calar esas cosas. McNeil es... sincero. Le he visto telefonar a chicas y siempre presume delante de otros policías. Quiero decir, finge hacerse una paja o pone los ojos en blanco por algo que dice ella, pero cuando les habla en privado es absolutamente dulce, tranquilizador... no sé cómo llamarlo. Te digo una cosa: si yo hiciera venir a algunos padres por este motivo, no me gustaría dejarle hablar con las madres, se las ganaría en un periquete. Además, algunas chicas ya han salido de la universidad, están casadas; ¿cómo les sentaría quedar expuestas en público como ejemplo de la estupidez adolescente?

—No creo que se ofreciesen voluntarias.

—Ya. Yo tampoco quisiera que se aireara la locura de mi juventud.

—Por no hablar de la de tus últimos años —dijo Becker—. Que yo recuerde, a ti también te iban las faldas.

—Era un chico sociable.

—Si llamas sociable a correr detrás de ellas con la lengua colgando, desde luego que sí. Siempre me sorprendió que no te la pisaras.

—¿Y tú me lo dices? —replicó Tee, rebulléndose tras el volante—. ¿Tú?

—Yo siempre he sido un tipo amable —dijo Becker con una sonrisa.

—Ya. Amable es «Hola, ¿qué tal?». Una sonrisa educada, quedarse a hablar un rato, invitar a alguien a café, preguntar por las vacaciones. Eso es amabilidad. La amabilidad es unisex, se puede emplear con quien sea. Yo soy amable. Pero tú eres un cachondo mental.

—Sólo de soltero.

—Estuviste soltero mucho tiempo.

—A diferencia de ti —dijo Becker.

—Eso es verdad, yo soy un hombre casado. Lo he sido siempre. Desde el principio de los tiempos. Este anillo ha estado siempre en mi dedo y ahora se me ha pegado al hueso como un implante, no podría quitármelo aunque quisiera, y no como ese McNeil. El muy hijoputa lleva una sortija de velcro, creo. Conoce a alguien por la tarde y se la quita; vuelve a casa después del trabajo y se la pone.

—¿Todo va bien en casa? —preguntó Becker.

—Estupendo; ¿por qué lo preguntas?

—Antes eras más comprensivo con estas cosas, más del tipo «vive y deja vivir». Hasta creo que los envidiabas un poco. ¿Te estás haciendo viejo, Tee?

—Por supuesto. Y tú también, si no te importa. Eres dos años mayor que yo.

—No; soy dos años más joven.

—¿Cuándo naciste?

—Dilo tú primero.

—Eres demasiado listo para mí —dijo Tee—. Claro, por eso estás en el FBI.

—Y por eso soy también más guapo que tú. —Becker sonrió.

Tee se palmeó la barriga, tensa bajo la tela de la camisa:

—Yo he optado por el distinguido y muy atractivo aspecto de la autoridad. Es algo que da el uniforme.

—Sí. Cada vez se te ve más distinguido con tanto requesón.

La chica de los Jorgensen rió de nuevo y se apartó del coche patrulla. McNeil arrancó y condujo lentamente, lan-

zando miradas a las quinceañeras. Algunas lo miraron antes de volverse para formar corro en torno a la chica Jorgensen, quien sonrió de manera enigmática.

—En serio, John, ¿es que soy el único que lo encuentra escandaloso? Puede que me esté volviendo viejo pero esas chicas son menores de edad y ese cabrón se está aprovechando de ellas.

—No tendrá algo que ver con el hecho de que tienes una hija de quince años, ¿verdad?

—Pienso en ella, claro está. Ginny sabe que la despellejaría viva si bebe antes de ir a la universidad, pero eso no significa que ella no vaya a tener problemas para... Oye, ¿crees que exagero sólo porque tengo una hija?

—No, Tee, tú no eres el único que se escandaliza. Es algo realmente asqueroso.

—¿Qué harías tú si una cría como ésas te hiciera proposiciones?

Becker rió:

—Lo hablaría con Karen y puedes estar seguro de que esa chica no volvería a molestarme.

La radio del coche crepitó brevemente y una voz de mujer dijo: «Central a jefe Terhune».

Tee se señaló con el pulgar.

—Ése soy yo —le dijo a Becker—. Yo soy el jefe... Adelante, central.

—¿Has contratado a alguien que se llama central? Yo creo que es Maureen.

—Le encanta que le hable en plan policía —dijo Tee.

—¿Cómo dice? —dijo la voz de la radio.

—Estoy con John Becker —respondió Tee por el micro.

—Oh —dijo ella, como si la presencia de Becker justificara lo extraño de la comunicación—. Jefe, hemos recibido una llamada de la señora Leigh en el 333 de Lions Drive. Dice que le conoce.

—Sí, conozco a la señora Leigh; ¿cuál es el problema?

—Tiene algo que quiere enseñarle. Le pregunté si le quería a usted o a un agente cualquiera. Por eso dijo que le conocía. ¿Envío a McNeil?

—Yo me ocuparé, Maureen. ¿Cuál es el problema?

—Quiere que examine un hueso.

—¿Qué dices?

—Que quiere que usted examine un hueso. Apareció en su patio. Dice que tiene un aspecto curioso.

—Será el hueso de la risa —dijo Becker.

—Maureen, ¿le has dicho que estoy celebrando una reunión de alto nivel con el agente especial Becker, celebridad local y cómico frustrado?

—No; le he dicho que no tardaría.

—¿Notas el tono de respeto? —le preguntó Tee a Becker.

—Ah, ¿es respeto eso que suena como a desdén?

—Ya veo que no entiendes de tonos respetuosos. Espero que eso no sea extensivo a otros aspectos de tu vida.

—De vinos tampoco entiendo mucho.

—¿Esto tiene que ver conmigo? —preguntó Maureen.

—Está bien, yo me ocuparé... central. —Tee dejó el micrófono y se volvió hacia Becker—. ¿Te das cuenta a qué graves problemas se enfrenta un jefe de policía? ¿Analizar un hueso! ¿Quieres acompañarme?

—Hombre, estoy de vacaciones.

—¿Eso quiere decir que sí?

—No se me ocurre nada más estimulante que ver trabajar a un profesional mal pagado.

—Con los federales no pasan cosas tan excitantes, ¿verdad?

—Nos pagan más por trabajo peligroso —dijo Becker—. ¿Quién es la señora Leigh y qué le pasa con los huesos?

—Será que quiere denunciar a alguien por ensuciarle el patio. Las casas de Lions Drive tienen un ramal del río Saugatuck que les atraviesa el patio, no muy grande por regla general, pero si llueve cuarenta días y cuarenta noches ca-